



FROM THE BULLETIN JANUARY 11, 2015 THE BAPTISM OF JESUS

Forty days after his birth, Jesus was presented in the Temple by Mary and Joseph. Luke tells us that “When they had finished everything required by the law of Yahweh, they returned to Galilee, to their own town of Nazareth. The child grew and became strong, filled with wisdom; and the favor of God was upon him.” (Lk 2:39-40)

Jesus learned the carpentry trade from Joseph and, when Joseph died, Jesus worked as a carpenter to support his mother and himself. It was during that time that Jesus heard rumors of a charismatic preacher, living in the desert and preaching repentance and conversion. As a sign of forgiveness of sin John the Baptizer, was baptizing people in the Jordan River.

John had been called by God to prepare people to receive Jesus. Jesus went to hear John’s preaching, and while there, asked to be baptized.

Jesus had no need of repentance or forgiveness, for he was sinless. Nevertheless, it was the occasion of a conversion, a change of life, for Jesus also. Upon being baptized, Jesus became more aware of who he was and his special mission.

“Just as Jesus was coming up out of the water, he saw the heavens torn apart and the Spirit descending like a dove on him. And a voice came from heaven, ‘You are my Son, the Beloved: with you I am well pleased.’” (Mk 1:10-11)

Jesus did not return directly to Nazareth, but rather “the Spirit immediately sent him into the wilderness,” where he remained for forty days, praying, fasting and discerning in order to discover what God the Father wanted him to do. Satan took advantage of the opportunity to tempt him with the pleasures, wealth and power to lure him into turning from his mission.

But Jesus rejected the temptations. He committed himself to his mission and returned to Galilee, where he began to proclaim “the good news of God, saying, ‘The time is fulfilled, and the Kingdom of God has come near; repent, and believe in the good news.’” (Mk 1:14-15)

Neither the arrest of John nor his death later at the hands of Herod could deter Jesus from his mission of denouncing evil and preaching the kingdom of God. Jesus remained faithful to his mission despite opposition from civil and religious authorities.

John’s baptism was only a symbol of God’s forgiveness of sin. Jesus’ Sacrament of Baptism actually grants a special grace, a rebirth to a new life. At Jesus’ baptism God his father told him “You are my Son, my Beloved; with you I am well pleased;” so also at our baptism God adopted us as beloved children. The Holy Spirit comes to make us temples of the Holy Spirit, consecrating children of God and disciples of the Jesus.

Following the example of Jesus, we ought to pray and reflect in order to discern what is that mission to which God calls us. Just as Jesus was tempted to ignore his mission, we too may be tempted to follow a different way instead of being faithful to our true vocation, working in some way to promote the Kingdom of God in our world.

As godparents of children to be baptized, we must take seriously this new spiritual relationship with the child and the child’s parents to help bring the child up in the Catholic faith. By word and especially by example, we must show our god-child how to live as a child of God.



BOLETÍN DE 11 ENERO 2015

EL BAUTIZO DE JESÚS

Cuarenta días después de su nacimiento, Jesús fue presentado en el templo por María y José. Lucas dice que una vez que cumplieron todo lo que ordenaba la Ley de Yahvé, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. Y el niño crecía, se desarrollaba y estaba lleno de sabiduría. Y la gracia de Dios estaba con él. (Lc 2:39'40)

Jesús aprendió de José carpintería, y cuando José murió, Jesús trabajaba como carpintero para mantener a su madre y a sí mismo. Aquella era la situación cuando Jesús escuchó rumores de un predicador que vivía en el desierto y predicaba el arrepentimiento para alcanzar el perdón de Dios. Como signo de arrepentimiento, Juan Bautista, estaba bautizando en el Río Jordán.

Juan fue llamado por Dios precisamente para preparar el camino para Jesús. Jesús fue donde Juan para escuchar sus palabras, y le pidió que Juan lo bautizara también a él.

Jesús no tenía que arrepentirse de ningún pecado, porque no lo tenía. Sin embargo, fue para Jesús la ocasión de una conversión, un cambio de vida. Al ser bautizado, Jesús se dio cuenta de quien era y de que Dios, su Padre, estaba llamándolo a una misión especial.

Al salir del agua, Jesús tuvo esta visión: el cielo estaba abierto y el Espíritu Santo bajaba sobre él como paloma. Se oyeron estas palabras que venían del cielo: 'Tú eres mi Hijo, el Amado, al que miro con cariño.' (Mc 1:10-11)

Luego, Jesús no volvió directamente a su pueblo, sino el Espíritu lo empujó al desierto donde Jesús pasó 40 días rezando, ayunando y discerniendo para descubrir la voluntad de su Padre. El diablo se aprovechó de la oportunidad para tentarlo con los placeres de la carne, las riquezas y el poder para desviarlo de su misión.

Pero, Jesús rechazó las tentaciones, se comprometió a su misión y volvió a Galilea, donde empezó a proclamar la Buena Nueva de Dios. Hablaba en esta forma: ' El plazo está vencido, el Reino de Dios se ha cercado. Tomen otro camino y crean en la Buena Nueva. (Mc 1:14-15)

Ni el encarcelamiento de Juan Bautista, ni su muerte luego a manos del Rey Herodes detuvieron a Jesús de su misión de denunciar el mal y predicar el reino de Dios. Jesús fue siempre fiel a su misión, a pesar de mucha oposición de parte de las autoridades civiles y religiosas.

En nuestro bautismo, no se vió ninguna paloma bajando del cielo, ni se escuchó una voz del cielo. Sin embargo, sucedió en aquel momento algo parecido a lo que sucedió con Jesús en su bautismo. Renacimos como hijas e hijos de Dios. Y el Espíritu Santo bajó sobre nosotros, consagrándonos como hijos de Dios y llamándonos a ser discípulos de Jesús.

Siguiendo el ejemplo de Jesús, debemos rezar y reflexionar para discernir cuál es la misión a la cual Dios nos llama. Y luego, debemos tratar de cumplirla fielmente a pesar de las dificultades, tentaciones y oposición.

Y, si estamos invitados a ser madrina o padrino en el bautismo de una niña o un niño, debemos tomar en serio nuestra responsabilidad de ayudar a los padres a educar al niño o la niña en la fe católica y, por nuestro ejemplo, mostrarle cómo vivir según nuestro compromiso bautismal.

Luego, cuando el ahijado/a llegue a la edad escolar, debemos animarle a asistir a las clases de catecismo para recibir los demás Sacramentos de Penitencia, Eucaristía y Confirmación, y prepararse para poder realizar la misión especial que Dios quiere que cumpla en nuestro mundo.